

# Rosenmann-Taub, inquilino en la extrañeza

Antonio Lucas

Desconocía la obra de David Rosenmann-Taub hasta que Álvaro Salvador y Erika Martínez me llamaron la atención sobre ella hace ya varios meses. Aunque en verdad sabía y no sabía de Rosenmann-Taub. Me explico: los primeros contactos con su escritura tuvieron esa extraña revelación de lo que no se ha oído nunca pero de algún modo suena familiar, como un eco de voz que no es del todo ajena.

Una singular paradoja la de descubrir una escritura y que esa lectura inaugural sea más un rescate que un descubrimiento. Y eso exactamente sucedió. Hay algo en la poesía de David Rosenmann-Taub que viene de la extrañeza, de lo raro en lo que tiene este concepto de singular, de imparidad, pero que a la vez trae el sedimento de muchas tradiciones que colisionan, de músicas que son recuperadas y puestas en ritmo nuevo, asumidas y presentadas con rumores de iluminación inédita. Así se hace este escritor cercano al instante, pues en los sustratos geológicos de su palabra habitan tradiciones que son también las nuestras, aunque releídas a su modo, con esa capacidad obsesiva de hacer palidecer lo común, lo habitual, lo previsible, en beneficio de una nueva búsqueda de significaciones en ese artefacto verbal que es el poema, en ese signo renovado que es cada palabra.

Y en ese instante de abrir por cualquier parte este libro que recoge ahora una selección de sus poemas, Rosenmann-Taub ya está con nosotros. Rosenmann-Taub con su secreto a cuestas. Ese

---

Rosenmann-Taub: *Me incitó el espejo*. DVD, Barcelona, 2010.

poeta en el que espejean Juan Ramón y César Vallejo, Debussy y Nicanor Parra (edificante combinación), Edmond Jabès y su vibración mística, el barroco hispánico y Paul Celan, Neruda y Unamuno (difícil binomio), o la música de un piano en llamas y Rilke, y Huidobro, y Lorca, y Alberti. No sabría bien delimitar los cauces lectores de su poesía, pero en el hallazgo de sus versos sí se advierte que estamos ante «una arriesgada tentativa de acceder a un espacio que ha desvelado y angustiado siempre al hombre: el espacio de lo imposible, que a veces parece también el espacio de lo indecible», por enunciarlo a la manera de Roberto Juarroz. En este sentido, la escritura del autor chileno presenta una asombrosa reflexión asociadora sobre las cosas del mundo, pues en verdad ellas y nosotros somos la única materia, ese espacio donde se emprende la peregrinación de lo real a lo irreal o viceversa. Es decir, que Rosenmann-Taub se sostiene tanto en el símbolo como en la emoción que éste provoca, o ensancha, o prende. Y afirma el poeta: «Qué es lo necesario para decir, y establecer que el uso de la palabra no es el convencional, que es sólo un aspecto de la palabra en el lenguaje poético. Ése es el grave problema de la literatura, especialmente de la poesía: el lenguaje convencional trata de convertirse en dictadura e imponerse como único». Bien lo sabe Rosenmann-Taub. Bien lo esquiva.

En verdad, se trata de un poeta irremediabilmente neorromántico (con todo lo que eso permite de calas aquí y allá: del expresionismo al surrealismo, por ejemplo). Ahí es donde mejor se aprecia su auténtica dimensión, en esa fuerte veta romántica, ya digo. Y en esa estela despliega el tonelaje de su reflexión y de su aullido, con poemas que vienen del pensar y del imaginar sin que esa colisión astille nada, sino que muy al contrario conforta una poesía de fragmentos que en última instancia es una sola, como el espíritu es uno solo.

Sospecho que a la escritura de David Rosenmann-Taub no hay que pedirle demasiadas explicaciones lógicas, su gota purísima viene de otro lugar, de una meditación que nace de asomarse al envés de las preguntas. De ahí la eterna novedad de su respuesta. De su acción en el poema, determinada por su concepción del mundo. De ahí que cuando nos interroga sobre qué es el poema en verdad nos interperla sobre qué es lo real. Y en esa interpela-

ción suceden muchas cosas. De un lado la mirada severa al entorno. De otro, la extraña voluntad de cifrar en palabras que saltan como liebres lo que uno, al mirar, presiente y certifica. Y, unos metros más allá de todo lo demás, el aldabonazo de esa ironía que recorre como un calambre buena parte de su obra. Y eso también es raro. Pues estamos ante un poeta que tiene sobre todo en la gravedad uno de sus anclajes más precisos, pero que necesita en ocasiones del guiño lúdico, incluso del sarcasmo, para que su decir se ensanche y huya de cualquier principio doctrinario.

Leo a Rosenmann-Taub y reconozco en él una osadía que escapa del entumecimiento del tiempo lineal de otros poetas. En su singular aventura hay búsqueda y soledad. Mucha soledad. Sólo desde su centro se puede, quizá, emprender y desarrollar una poesía de este carácter. Quiero decir, una obra que escapa del reclamo de lo evidente y acepta todas las amenazas de la incomprensión. Aprecio en él una forma de construir el texto que tiene algo de plegaria que llega hasta la quebrantadura. Resulta aleccionadora la elaboración y disposición del lenguaje, ese andar barrenando la sintaxis sin perder la cordura. El esguince de los versos. Las imágenes que vuelan con alas de cuchillo. Los hallazgos irracionales. La mecánica surrealista que aparece a rachas con ejemplos así: «Habrà chillidos de mermelada sobre la falda de mamá». En este autor es reveladora también la arquitectura interior del poema. El porqué de ir detonando en tantas ocasiones la lógica sin que el texto pierda sentido. O, mejor, que adquiera un nuevo sentido estrellando palabras que al aparecer como él las dispone encuentran un nuevo lugar en el bosque. Muchas veces a partir del ritmo. Esta capacidad de búsqueda, esta incapacitación para el miedo, esta necesidad de asestarle al idioma un nuevo calambre sitúa a Rosenmann-Taub en un espacio de sentido que contradice y transfigura.

En este aspecto, me recuerda (a ráfagas) la búsqueda que emprenden aquí en España algunos de mis compañeros de viaje en la aventura de las letras. Pienso en Carlos Pardo, en Mariano Peyrou, en Juan Andrés García Román, por ejemplo. Todos ellos —poetas de treinta y tantos años— coinciden con nuestro compadre chileno en que la única forma de reconocer la realidad y recibirla, de ser realidad, es crearla. No sé si resulta ahora demasiado pre-

tencioso citar a Heidegger de la mano de Hölderlin por aquello de que «la poesía es la fundación del ser por la palabra», pero no se me ocurre en este momento una mejor sentencia para rematar estas líneas sobre David Rosenmann-Taub. Sobre lo que supone su hallazgo tan tardío (aunque intenso) para mí. Lo que trae su escritura cuando mira al amor, cuando mira a la muerte, cuando mira al pensar y surge de sus gestos un pensamiento comparado que trae riqueza y profundidad de forma.

Y además, estamos ante un poeta difícil. Que lo es. Y esquivo, que también lo es. Un hombre que fue publicando aquí y allá, según nos cuentan en el iluminador prólogo a esta edición Erika Martínez y Álvaro Salvador, casi hasta hacer de sus libros un imprevisto grail que no resultaba fácil de encontrar. Esas cosas a mí me gustan. Un poeta también puede ser en ocasiones una lejana referencia sin rastro claro. Su leyenda crece entonces por otra vía distinta a la literatura, pero no por eso de un modo menos literario. Y en el caso de Rosenmann-Taub parece que durante mucho tiempo ha sido así. Era un poeta complejo de seguir una vez hallado. Pero no por escasez de obra –tiene por solución vital escribir poesía todos los días, dice–, sino por dificultad para dar con su huella.

Escuchad este verso: «Miré el mar del navegar que espero». No sé. Para mí sólo su hallazgo habría justificado la necesidad de saber el nombre de este hombre. Afortunadamente en *Me incitó el espejo*, la antología publicada por DVD Ediciones, hay más. Mucho más. Y el festín es grande ©